

LA VANGUARDIA

DE LOS ORIGINALES, RESPONDEN
SUS AUTORES

REDACCIÓN É IMPRENTA
Reina Regente n.º 17.

Suscripción 0'50 ptas. al mes
Anuncios, precios convencionales.

Crónica

El día de difuntos

Todos los pueblos y todas las razas, todas las sectas y religiones, han tenido en veneración la memoria de los muertos, han practicado ceremonias fúnebres más o menos solemnes y aparatosas, para celebrar las exequias de los finados, y han procurado perpetuar su recuerdo, depositando los cadáveres en criptas, panteones y cenotafios que han considerado como lugares sagrados, dignos de todos los respetos. Esto prueba, cuando menos, la creencia universal en una vida ultraterrena, y en que algo del hombre sobrevive después que su cuerpo cae aniquilado por la muerte.

Nuestra religión, que sustenta como dogma la inmortalidad del alma humana y su acceso, después de la muerte, a otra vida infinita en la que cada uno ha de obtener el galardón o castigo a que le hayan hecho acreedor sus obras en esta vida terrenal, y la creencia de que los sufragios y preces de los vivos, sirven de alivio y espiación al alma de los muertos, dedica estos dos días a la conmemoración de los fieles difuntos y a sufragios por las almas de los que aun moran en lugar de espiación.

En estos días, por piadosa costumbre, las gentes van a visitar los cementerios en que yacen los restos de sus padres, de sus hermanos, de sus hijos, de sus amigos; a depositar una lágrima, una oración, una corona, una flor, algo que simbolice un recuerdo de amor y de cariño a

aquellos seres queridos que ya no existen y que nos fueron tan caros en su vida.

La vanidad humana, suele dar a estas manifestaciones del afecto de ultratumba, aparatosos caracteres que pugnan ciertamente con el sello de absoluta igualdad con que marca la muerte a los ricos y a los pobres, a los grandes y a los pequeños. ¿Qué importa? Estas son espresiones de las miserias terrenas. Junto al soberbio panteón de mármoles y bronce, en que lucen enlutados crespones con flecos de oro y valiosas coronas, y arden numerosos y severos blandones, está la humilde fosa señalada sólo con una modesta cruz de la que pende un pobre farolillo; y más allá, está la fosa común, el panteón anónimo, en que yacen mezclados y confundidos tantos innumerables hermanos nuestros. ¿Qué importa? Dios está arriba sobre todas esas miserias y esas soberbias, y los ve a todos iguales, a todos nivelados ante su justicia y ante su misericordia; y acaso llegan a su oído más propicias las preces sencillas de los humildes, por más puras, más tiernas y más sentidas.

Dios no ve grandes ni pequeños, sino buenos y malos, y cada uno será medido según sus obras.

Dediquemos en estos días un dulce recuerdo a los seres queridos que ya no existen, como ofrenda tiernísima de amor, poetizada con nuestras lágrimas y perfumada con nuestras plegarias.

Clases de Adultos

Han quedado abiertas en las Escuelas Nacionales de esta po-

blación, las clases nocturnas de adultos.

El Magisterio de Cieza nos ruega, encarecidamente, seamos porta-voz, de sus aspiraciones, recomendando con eficacia, estas enseñanzas complementarias a nuestra juventud obrera, para que abandonando su indiferencia por estas cuestiones, tan prácticas y reivindicadoras, traduzca en hechos sus deseos, asistiendo cotidianamente a estas clases gratuitas, ya que las horas de su funcionamiento (de 7 a 9 de la noche) son absolutamente compatibles con sus ocupaciones diurnas.

La juventud que es la edad de la vocación, y cuando el hombre puede poner la vista en un ideal y esperar el éxito, todo lo puede y todo lo alcanza, si está bien orientada en una atmósfera de trabajo y de moralidad; y para ellos, para cumplir estas aspiraciones, viene la Escuela despertando, con una táctica especialísima, las bellas emulaciones de la gente joven, con una disciplina modernamente pedagógica, dando los medios que poco a poco han de transformar, con la cultura, su carácter personal, su concepto moral y su estado económico.

Nosotros que conocemos, bien a fondo, el interés que tiene el Magisterio de nuestra población, por que estas clases estén debidamente nutridas, alentamos a los jóvenes para que no vacilen en asistir a ellas, en la seguridad plenísima, de que han de adquirir sólida cultura que es lo único que puede, elevarlos, redimirlos y conducirlos a la meta de sus justas reivindicaciones.

Veremos si nuestra juventud

obrero, responde a este llamamiento del culto y celoso magisterio ciezano.

SECCIÓN LITERARIA

Rio abajo...

Fantasia

Deslizábase el bajel rasgando con su aguda y cortante quilla el azulado manto de las olas; a uno y otro lado del misterioso río, alzábanse hermosas umbrías salpicadas de flores que semejaban otras tantas pinceladas brillantes; el cielo mostraba la limpidez más pura, y el ambiente parecía impregnado de sutilísimos y embriagadores perfumes.

Impulsado el bajel por la ligera brisa que azotaba su vela, tejida con alas de mariposa, iba dejando tras sí un reguero de perlas que irradiaban alegremente a la luz del sol, luz vivísima que lo inundaba todo en resplandores de oro. Sobre las bordas, coronadas de guirnalda, apoyábanse las almas con sublime indolencia. Arpas de oro tañían las unas, entonaban las otras melodiosos cantares, oraban las demás en éxtasis sublimes y ni en músicas ni en rezos ni en plegarias, advertiéndose nada que recordase lo deleznable, lo ruín, lo rastrero, lo terreno en suma. Era el coro de las almas que empezaba a cruzar la corriente engañosa y traidora de la vida.

Eran sombras más bien que cuerpos, eran algo intangible, hermoso y puro como el sueño de los ángeles; parecían formadas de girones de nubes y animadas por un suspiro. Y sin embargo, nada más gentilmente hermoso brotó nunca de los cínceles griegos ni de los pinceles cristianos. Se las puede imaginar, no describir; imaginaos los mas hermosos ensueños de vuestra primera juventud; imaginaos como serán esos seres que allá en las alturas caminan sobre tapices de estrellas y tienen por artesanos los techos los espacios infinitos, y os habréis imaginado como eran las almas del bajel de mi cuento.

De pronto palpó en la atmósfera una caliente bocanada de aire; nublóse el cielo y densos nubarrones envolvieron la fantástica nave. Lo brillante, lo alegre, lo hermoso, lo sublime extinguióse de repente entre una negra y asfixiante humareda. Las almas seguían su expedición, sin embargo, a través de las olas, y sus cantos, aunque más débiles, percibíanse, no obstante, aque revuelto caos.

Rasgando oblicuamente el humo de la nube, desfiló un cortejo que por un momento fascinó todas las miradas. Torrentes de oro formaban el camino, olores de incienso le aturdián, gentes de hinojos le adoraban; acordadas músicas poblaban los aires, pero eran músicas solemnes, triunfales, magestuosas... Desfilaron púrpuras y armiños, oro y pedrerías, penachos y vistosos arreos... Pasó como una exhalación; era el cortejo de la Soberbia...

Las almas vieron con hondísimo pesar como una de sus compañeras, fasciada por la brillantez del espectáculo, cegada por tanta y tan viva luz, puestos en la visión los ojos y los sentidos